

Juntos son dinamita

La música estaba muy buena aunque un poco fuerte para mi gusto.

–Mira, Alicia, llegó Héctor.

“Ay Héctor...” No era mal chico pero mi prima Verónica me tenía cansada con su Héctor.

–¡Vero! ¡¿Cómo estás?! ¡Bailemos!

El galán me ignoró olímpicamente. Felizmente llegó Álvaro y la pasé muy bien... un poco vándalo pero nada del otro mundo: él me cuida como si fuera su hermana. Estaba también Carlos, mi primo... bailando como siempre con Mariana.

La fiesta era en casa de Edi. Juntando algunos equipos viejos logró armar algo que sonaba muy fuerte... pero no precisamente bien. Incluso de vez en cuando se debía hacer pausas para esperar a que el técnico solucionara desperfectos. De todos modos era lo justo para juntarnos y bailar. El papá de Edi de vez en cuando se daba una vuelta para “ver en qué podía ayudar con la música”, treta archiconocida para disimular la «vigilancia paterna».

Su hermana mayor también daba sus vueltas, pero ella traía jugos o pizza y era muy bien recibida por todos. Desde que la mamá de Edi murió él era el mimado de todos nosotros... se lo merece, es un pan de Dios. Me llevaba bien con él. Esas amistades que hacían que las discusiones sobre cómo se llevan hombres y mujeres fuesen ridículas.

Todos éramos del mismo curso, excepto algunos como el «inefable» Héctor, dos años más grande. En parte, por eso creo que traía hechizada a mi primita que no le sacaba el ojo de encima en ningún momento. Bueno, también había que ver la cara del otro: parecía un corderito atado.

Pero mi «intuición femenina» –o algo así– me decía que algo estaba pasando. Cuando el *discjockey* pasaba alguna canción lenta (ocasión en la que «casualmente todas» las chicas teníamos ganas de ir al baño a la vez), ellos se quedaban en la «pista» muy apretaditos hasta que otro rock o salsa los sacaba de su mundo aparte.

En un momento se me perdieron de vista. No es que estuviera en plan de vigilante, pero todo el asunto me sonaba extraño. Cuando los volví a ver entraban de la calle «escoltados» por el papá de Edi.

–¡No sabes, Alicia! ¡Héctor se me declaró!

“Ya decía yo que había algo”.

–Y me dio un beso... en la boca.

Bueno, ésas eran palabras mayores. Se suponía que debía alegrarme pero... había algo que no cerraba, aunque no podía decir bien qué era. De pronto el *Efecto Coyote* vino a mi mente, pero no era cuestión de ponerse a dar explicaciones filosóficas en ese momento...

–¿No te da gusto, primita?

–Sí... –contesté y seguramente debí haber puesto cara de duda porque de inmediato Verónica reaccionó.

–Sólo estás celosa porque a lo único que llegas es a bailar con el tonto de Álvaro. Pero bueno, nadie te necesita... me voy con «mi Héctor».

–¡Vete con quien quieras...! – “Tonta. ¿Celosa yo...? Mejor sigo bailando y se acabó”.

Pasaron varias semanas. La enamorada no me hablaba: sólo tenía ojos para Héctor. Él la exhibía como un trofeo y todo el colegio comentaba el «romance».

–¿Qué te parece, Alicia?

Sonia me sorprendió. Estaba en un costado del patio, aprovechando la sombra mientras miraba a la pareja «revelación del año».

–¿Qué me parece «qué»?

–Tu prima... parece «volada» con el chico ¿no?

–Ah, eso... no sé mucho. Dicen que se llevan bien pero yo tengo mis dudas. El chico es guapo. Que alguien dos años más grande «salga» contigo es muy interesante... pero así y todo no lo veo. Ella es tan cambiante, tan...

–... «voluble».

–Eso. ¿Sabrá lo que quiere, Sonia? Hace unas semanas se sentía sola y un poco triste. Ahora anda con «ese», «de lo más feliz». Mis tíos no saben nada pero pronto se darán cuenta, sus calificaciones han bajado.



El verdadero amor de pareja solamente se puede dar cuando el Coyote tiene los pies afirmados en la «tierra» de un corazón maduro.

–¿Estás segura que no hablas por celos?

–Estoy casi segura de que no... Pero la verdad es que no soporto a ese Héctor. Verónica siempre ha sido mi amiga. De chica jugábamos juntas y yo la quiero mucho...

–¿Y?

–Nada... a lo mejor estoy un poco celosa. De todos modos hay algo que no me explico. Y no es sólo con Verónica; ¿por qué si estamos en pleno *Efecto Coyote* nos gusta tanto complicarnos la vida con novios y esas cosas?

–Primero, no le hagas caso a los celos ¿estamos?: Verónica será siempre tu amiga.

–Sí... gracias.

–Bien. Te propongo que caminemos... Mira, hay una lógica en todo esto. **Una de las cosas que más sientes cuando atraviesas el Efecto Coyote es soledad. Te parece que todo vibra a gran velocidad y nadie tiene tu ritmo.** El problema es que ni tú mismo tienes tu ritmo. Como no es muy agradable estar solo entonces sientes que necesitas a alguien a tu lado. Primero están las amigas, pero pronto tampoco eso alcanza...

–¿Es por eso que te empiezan a gustar los chicos?

–Digamos que ésa es una de las razones. Es natural que los chicos te gusten. Pero se junta este gusto con el *Efecto Coyote*. El *Coyote* se cansa de que el mundo esté dando de tumbos –porque él puede pensar que el que está a los tumbos es el mundo, no él. De pronto aparece una «*Coyotita*». Se encuentran. Como vibran a la misma velocidad pueden mirarse a los ojos. Sienten que todo lo demás está moviéndose y ellos están quietos. El *Coyote* cree encontrar la «felicidad» porque puede ver a la *Coyotita* a los ojos y lo mismo piensa ella. A eso le llaman noviazgo. Pero no creo que podamos hablar de noviazgo: ninguno de los dos piensa en casarse...

–¡Pero Sonia! Son muy chicos.

–Justamente por eso no piensan en casarse. En realidad están juntos porque sienten que por fin hay alguien que los entiende, para divertirse con el otro, para pasarla bien o alguna razón de este tipo. Deslumbramiento y *Efecto Coyote* juntos son dinamita. Pero tarde o temprano –y casi siempre es temprano– uno de los dos empieza a dejar de vibrar, sigue su camino de maduración y, por lo tanto, la pareja sale de sintonía, ya no se pueden ver a los ojos. Toda la magia se pierde porque en realidad era eso, magia, nada verdadero. Parecía amor pero no lo era. **El verdadero amor de pareja solamente se puede dar cuando el Coyote tiene los pies afirmados en la «tierra» de un corazón maduro.**

–Pero se sienten muchas cosas.

–Es cierto, pero no olvides que el amor no se siente, se vive. **En el caso de una pareja todo empieza con la atracción, se hace más profundo**

cuando se da el sentimiento pero no se completa hasta que llega a vivirse como un compromiso. Por eso, un esposo que ama puede hacer cualquier sacrificio por su mujer. Aprende a darse cuenta de lo que ella necesita y busca hacerle el bien. Pero cuando no se ha llegado todavía a la madurez es difícil vivir toda esa hermosura del amor.

–Pero las revistas dicen ...

–Las revistas, mi querida Alicia, lo único que hacen es aprovecharse del deslumbramiento y del *Efecto Coyote* para vender. No les importa si tú resuelves tus problemas o si se te complica la vida, sólo quieren vender.

–¿Y Vero...?

–En cuanto a ellos pienso que están confundidos. Creen que viven un gran amor cuando todavía les falta. Esperemos que no pase «nada», porque aunque algunos lo toman a la ligera es un tema delicado... hay dos corazones de por medio y tal vez más.

Justo tocó el timbre. Me dejó pensativa. Tal vez por eso no capté la cara de angustia de Vero al regresar al salón. Tampoco noté que no iba de la mano con Héctor...

–¡Alicia!... Teléfono... es Verónica.

–¿Verónica?

–Alicia... te necesito... Necesito verte ahora mismo... me tienes que ayudar.

–Bueno, no llores... voy para allá.

–En casa no... mejor voy a la tuya.

Click. Vaya sorpresa.

